

# En el centenario de Juan Alfonso Carrizo

**J**uan Alfonso Carrizo fue un estudioso argentino que, sin haber puesto nunca sus pies en suelo español, hizo un culto del más sano hispanismo americano: aquel que reconoce con orgullo la magnífica herencia recibida y exhibe, también con orgullo, los talentos con que la ha acrecentado.

América es una creatura de la humanidad animada por el aliento español y, sin España, no puede explicarse a América tal como es, porque antes de la hazaña colombina no hubo un concepto de identidad que comprendiera a los múltiples y valiosos desarrollos socioculturales de las civilizaciones y etnias que la habitaban, ni un nombre con que se autodesignara y por el cual se la reconociera.

Hoy, a más de quinientos años de aquel «vuelco del mundo», queremos destacar la personalidad de un hombre argentino que reveló, por datos ciertos obtenidos con criterio científico, un panorama ubérrimo de espiritualidad: el *folklore* o saber tradicional del pueblo americano. Ese tesoro que, en su cambiante condición de caleidoscopio cultural, aparece, ya lo hemos dicho alguna vez, como el triunfo de la cultura en libertad sobre la fuerza de todos los vencedores y sobre la debilidad de todos los vencidos.

Dejo constancia aquí, desde el comienzo, de que este homenaje a Juan Alfonso Carrizo es, en mi intención, también un homenaje a su amigo y colaborador el profesor don Bruno Cayetano Jacovella, pues no me explico al uno sin el otro ni me explico a mí misma, en los umbrales de mi iniciación como exploradora del «pasado-presente» de la cultura argentina, sin la conducción luminosa de Jacovella, mi maestro, y el referente monumental de la obra de Juan Alfonso Carrizo. Por otra parte, el profesor Jacovella ha sido el mejor biógrafo de Carrizo, de inexcusable consulta cuando se quiere incursionar por este tema.

## Orígenes

Dicen que en Piedra Blanca  
nació —y en manto!  
Juan Alfonso Carrizo  
Hace cien años.  
Juan Alfonso Carrizo  
¡Qué afortunado!

San Antonio de Piedra Blanca sería, hacia fines del siglo pasado, un típico pueblo «vallisto»: rodeado de cultivos, con su plaza, su iglesia, su escuela, casas bajas donde no faltan ni el horno ni el telar, el río que se hace torrente en verano, las majaditas que vuelven al corral junto con los tornasoles del atardecer. Un pueblo, le llamamos —con palabra de tan abrumadora polivalencia— porque en mi país hemos perdido bonitos lexemas hispanos como «aldea» o «villorrio», aunque usamos villa, poblado y especialmente «pago», muy aplicable al del hogar natal de Carrizo por su ascendiente etimológico de *pagus*, «viña» o «casa con viña», ya que casi no hay una, en aquellos lugares, que no posea un parral, como también olivos e higueras para completar un paisaje casi bíblico.

Ubicado a unos diez kilómetros de la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, junto al camino que lleva de la capital a la cuesta de Sínquil y a Tucumán, San Antonio de Piedra Blanca tuvo el honor de ser testigo en 1826, del nacimiento de un ilustre patricio y sacerdote admirable, fray Mamerto Esquiú —llamado más tarde «el orador de la Constitución»— cuyo nombre lleva actualmente ese pueblo.

Sexto hijo de un hogar típico de aquellas «chacras», donde se estimaba la instrucción y se cultivaba la fe, Juan Alfonso nació el 15 de febrero de 1895, envuelto en las membranas fetales, lo que, según la creencia popular que llama al hecho «nacer en manto», es augurio de buena ventura.

¿Fue en realidad dichoso? En lo personal, debió sufrir la pérdida temprana de su primera esposa, doña Alicia Aurora Mónico y, casado nuevamente con doña Petrona del Carmen Cáceres, vivió una existencia atípica para un maestro normal, que es lo que era, pues ejerció muy poco la docencia en las aulas. Con los debidos permisos institucionales, se dedicó, en cambio, prioritariamente, a su singular pasión: la búsqueda y el hallazgo de los cantares tradicionales del pueblo, complementada por la de reunir una selecta y nutrida biblioteca de carácter universal, sobre los temas de su especialidad. No tuvo hijos, pero sí sobrinos muy queridos que hoy son sus herederos y mantenedores del fuego de su recuerdo, junto con contados discípulos y legión de lectores (incluidos los propensos al saqueo).

Pese al bucólico encuadre de su origen, la vida de Carrizo como investigador del *folklore* poético argentino no se deslizó por cauces de placidez. Es que la armonía de un hombre con su cultura raigal, que se daba en Carrizo, debería constituir una circunstancia feliz, si no fuera que tal armonía se revela, generalmente, por oposición, por reacción contra la desarmonía —que ese hombre percibe— entre aquella cultura y las transformaciones que se operan en el medio social de su lugar y de su tiempo.

Estas tensiones se manifestaron claramente en la vida y la obra de Juan Alfonso Carrizo, maestro de maestros, salvador e iluminador insigne del tesoro poético de tradición hispánica en el noroeste argentino. Y tal vez fueron ellas las que movilizaron los mecanismos generadores de su extraordinaria capacidad de trabajo, las que signaron las dimensiones de su tarea, la gigantesca envergadura de su obra éditada e inédita.

## Memoria

Locros catamarqueños,  
frutos de higuera,  
grande hicieron su cuerpo,  
cual su alma lo era.  
Y grande su memoria,  
que hoy es leyenda.

En el ejercicio de aquella memoria, que era como la prodigiosa síntesis de la memoria de todos sus coterráneos, halló tal vez Carrizo su plena felicidad.

Recuerdo que mi padre, don Enrique Fernández Latour, decía haberlo conocido en las tardes en que, desde una mesa de la confitería más céntrica de la ciudad de San Miguel de Tucumán, recitaba a quien quisiera oírlo coplas y cantares que fluían de sus labios con toda la belleza, la gracia y la sabiduría de la tradición viva. Él los había descubierto, documentado y «salvado» del olvido. Pero su memoria se los devolvía con frescura plena, porque Carrizo, que nunca fue poeta y sí riguroso investigador, era también un portador legítimo de aquella tradición. Por otra parte, el recitar versos para motivar la efusión de otros en los circunstantes, constituía el recurso fundamental de su método heurístico.

## La existencia como misión

Con la Fe como guía  
iba buscando  
todo lo que las gentes  
dicen cantando,  
cuando cuentan, o ríen,  
o están llorando.

Si alguna sensación priva tras la lectura de la extensa producción dejada por Carrizo —investigaciones, ensayos, recopilaciones anotadas, contribuciones a la historia de la ciencia, aportaciones pedagógicas— ella es la de que toda esa obra ha sido realizada en cumplimiento de una misión.

Aceptado este aserto resulta más sencillo comprender cómo un maestro provinciano, sin bienes personales de fortuna ni otros ingresos que los de docente nacional, pudo recorrer personalmente, palmo a palmo, cinco provincias, recolectar cerca de treinta mil cantares y publicarlos anotados con la mayor erudición. Revelaba Carrizo un patrimonio cultural de valores tan evidentes, que esa labor ciclópea le valió el apoyo de las máximas autoridades universitarias y de funcionarios y políticos del más alto nivel, hasta que, ya en la plenitud de su obra y de su vida, fue designado Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Letras, recibió el Primer Premio Nacional de Literatura y fue distinguido con la Encomienda de Alfonso X el Sabio, otorgada por el gobierno de España.

Es cierto que el camino emprendido por Juan Alfonso Carrizo procedía de la inquietud, tan antigua casi como la especie humana, por conocer sus orígenes e interpretar su presente, por los signos del pasado, para orientar su futuro. También que en todo y desde los albores del movimiento romántico europeo, la recolección de las canciones populares constituyó el más firme empeño de los estudiosos de la cultura tradicional, por lo que las obras del precursor Johannes Herder, de los hermanos Guillermo y Jacobo Grimm, del finlandés Elías Lönnrot, de los españoles Francisco Rodríguez Marín, Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilio Lafuente y Alcántara y Ramón Menéndez Pidal —por citar sólo algunos de los celeberrimos— proporcionaron a América modelos consistentes.

Ya en 1846, cuando el anticuario inglés William John Thoms propuso, por intermedio del semanario *The Athenaeum* de Londres, «un buen vocablo compuesto sajón, Folk-Lore», para designar «aquel sector de las antigüedades y de la arqueología que abarca el saber tradicional de las clases populares en las naciones civilizadas», sus ejemplos giraban en torno de una rima infantil. Y para traer a cuento un caso más cercano en el tiempo, recordemos que también el, en su tiempo, famoso cuestionario de Paul Sébillot —que sirvió de base a la *Encuesta Folklórica del Magisterio* de 1921, organizada en la Argentina por el Consejo Nacional de Educación, a instancia del doctor Juan Pedro Ramos— concedía evidente prioridad a la recolección del patrimonio poético.

Según lo expresa el propio Carrizo en su obra liminar *Antiguos Cantos Populares Argentinos. Cancionero de Catamarca* (1926) su vocación nació

de un trabajo que le fue encomendado por el profesor de literatura de la Escuela Normal de su provincia, don José P. Castro, y de una severa lección crítica, sobre dicho ensayo, recibida del padre Antonio Larrouy.

Ni romántico ni positivista, Carrizo estuvo guiado por una idea aún más trascendente que la de sustentar nacionalismos culturales movilizadores del poder político. Su doble objetivo, ético y estético, consistía en «salvar» la poesía tradicional argentina, aquel legado hispánico cuyo principio axial era la fe católica.

La armonía entre lo que sabía y cantaba, por tradición oral, el pueblo de su pago nativo, trasunto de lo que Carrizo entendía como ideal de vida ineludible, pronto se enfrentó ante sus ojos no sólo con formas disonantes de la modernidad sino, lo que peor era, con una avasallante marea de cultura sustituta de la tradicional, que pasaba por serlo bajo las máscaras del nativismo —mal menor para Carrizo— y sobre todo de la poesía gauchesca.

Esta manifestación interesante y genuina de la literatura rioplatense se desarrolló con tal fuerza a partir de la aparición en Buenos Aires de la obra cumbre del género, el *Martín Fierro* de José Hernández (1872; 1879), que Carrizo llegó a identificar con un verdadero adversario para la poesía popular tradicional contra el cual debía descargar los dardos de su casi angélica artillería.

No estaba solo en esta empresa el maestro de Piedra Blanca. El «poeta de Buenos Aires», Jorge Luis Borges, expresaba conceptos coincidentes en su artículo sobre «Las coplas acriolladas», publicado en *Nosotros* en 1926. «El cacharro incásico, las lloronas y el escribir «velay», no son la patria», afirmaba, y reclamaba como horizonte del escritor argentino, la dimensión total del universo.

Así las cosas, don Juan Alfonso Carrizo se propuso documentar lo que expresaba la voz de su pueblo y establecer las diferencias esenciales entre ese tesoro poético tradicional y las formas «espurias» de la literatura «vulgar», manifestaciones marginales propias de un período histórico de eferescencia social que hoy nos resultan, por distintos motivos, de innegable interés.

En realidad, quien estableció magistralmente tales diferencias, en textos sintéticos de alta densidad de ideas, fue Bruno Jacovella. Pero fue Carrizo quien marcó entre nosotros el camino y descubrió una realidad insospechada para el mundo panhispánico del primer tercio del siglo XX: la letra y el espíritu del cancionero hispano-medioeval estaban vivos y lozanos en la memoria popular del Tucumán. Después sabríamos que lo estaban en toda Iberoamérica.

## La búsqueda del tesoro

¡Juan Alfonso Carrizo,  
criollo estudioso!  
Del legado de España  
¡tan orgulloso!  
Que es canto americano  
en castellano.

La consideración de la cultura tradicional como «tesoro» —conjunto de «bienes», «patrimonio», «herencia», «legado»— constituye una figura recurrente en todo el mundo. Hay una certeza de gratuidad en cuanto a la recepción que de ese «haber» de sus ancestros hacen las nuevas generaciones, y un compromiso de conservación y salvaguarda —palabra esta última preferida por la Unesco en sus reuniones técnicas sobre *folklore* realizadas en distintos lugares del mundo a partir de la década de los 80—.

Los bienes heredados, sin embargo, como en los cuentos maravillosos, no siempre llegan a manos de sus destinatarios de una manera simple. Hay ilusiones ópticas que los ocultan o desdibujan, obstáculos que deben sortearse, enemigos que se oponen a la feliz resolución del conflicto cuyo crecimiento, a medida que la modernidad avanza, es ya un hecho inseparable del traspaso generacional.

Por todo esto, quien, como nuevo cruzado, se proponga vencer las dificultades, llegar a las fuentes de la tradición, recoger el tesoro, afirmarlo a buen recaudo y librarlo, por fin, con todo el atractivo de una novedad, para que sea usufructuado en los tiempos futuros, es un verdadero «héroe cultural». Fue el gran folclorista Augusto Raúl Cortazar quien trajo hasta nosotros, en su libro póstumo *Ciencia folklórica aplicada*, esta expresión que a él mismo le cuadraba cabalmente, como conviene, aquí, para describir la postura vital de Juan Alfonso Carrizo.

## Carrizo folclorista

Juan Alfonso Carrizo fue, ante todo, un cabal receptor del tesoro cultural de su pueblo. No era, como científico, alguien que aspirara a inscribirse en las corrientes metodológicas de prestigio mundial. Él inventó su método a partir de los procedimientos que resultaron más efectivos y que explica con generosidad y llaneza en los ricos *Estudios preliminares* de sus *Cancioneros*. Hoy diríamos que utilizó un método «monográfico» para documentar los cantares tradicionales, si entendemos, en cambio, como «integral», según propuesta del doctor Cortazar, al que recoge la totalidad